

dramático que tienen ya en sí mismos la semilla de “novedad” que alumbrará el *dolce stil novo*.

Juan VARELA-PORTAS DE ORDUÑA  
Universidad Complutense de Madrid

MOYA GARCÍA, Cristina, *Edición y estudio de “La Valeriana” (“Crónica abreviada de España” de Mosén Diego de Valera)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2009, CXXII+397 pp.

Han tenido que transcurrir cinco siglos para que podamos volver a disfrutar de un texto imprescindible de la historiografía castellana. Nos estamos refiriendo a la *Crónica abreviada de España*, del cronista Diego de Valera, que, gracias a la minuciosa labor filológica de Cristina Moya García, ve de nuevo la luz dentro de la colección de tesis doctorales *cum laude* que, en su apartado de literatura, la Fundación Universitaria Española lleva publicando desde 1996.

Novedoso desde distintos puntos de vista, el presente trabajo se articula en torno a tres ejes principales. El primero gira alrededor de Diego de Valera, del que no solo se aportan datos biográficos desconocidos hasta la fecha, sino que además se esclarecen otros erróneos que se habían mantenido inalterables en las historias de la literatura. Muchos de esos datos, al referirse a la vida del escritor, nos dan la clave para comprender determinadas partes del texto.

Nacido en Cuenca en el año 1412, Valera se vinculó muy pronto a la corte del rey Juan II de Castilla, a cuyo servicio entró como doncel a la edad de quince años, en 1427. A pesar de la delicada situación política del momento, la corte castellana vivía un período de gran apogeo de las artes, lo que se amoldaba a la perfección al espíritu del escritor, que aunaba en su persona la idea renacentista de las armas y las letras. Indignado ante el paulatino desprestigio a que se estaban abocando los valores caballerescos, Valera decidió armarse caballero, en 1435, de la mano de Fernán Álvarez, señor de Valdecorneja, un hecho que para él significaba la entrada a un mundo que procuraba revalorizar.

Existe un aspecto importante en la vida de Diego de Valera sobre el que Cristina Moya incide muy especialmente. Se trata de los tres viajes que realizó por tierras europeas, gracias a los cuales pudo demostrar, por un lado, su fidelidad a la corona, y, por el otro, abrir nuevos horizontes a su espíritu inquieto, algo que a la larga tendría una especial repercusión en su obra. El primer viaje, en

1437, le condujo a Bohemia, a la corte de Alberto de Austria, donde asistió a su coronación real y conoció de primera mano su habilidad política así como su sentido del deber para con el pueblo, características que llamarían la atención del escritor por cuanto suponía una novedad con respecto al ámbito castellano.

En su segundo viaje, en 1443, el cronista visitó Inglaterra y Borgoña, en cuya ciudad de Dijon participó en un paso de armas que el cronista francés Olivier de la Marche recogió por escrito en sus *Mémoires*. En 1444 tuvo lugar el último desplazamiento al extranjero de Valera. En esta ocasión marchó a Francia en calidad de embajador con el fin de negociar la liberación de Juan IV de Armagnac y su familia, vasallos de Juan II, que habían sido hecho prisioneros por el delfín de Francia. Y si no llegó a culminar el rescate del conde de Armagnac fue a causa de la intervención del condestable don Álvaro de Luna, que hizo todo lo posible para que no fuera él quien se llevara la gloria del rescate. Este hecho, unido a otras rencillas habidas años atrás, provocó la profunda animadversión del cronista hacia el condestable de Castilla, reflejada en más de una ocasión en su obra.

Más tarde, en 1448, tres años después de la batalla de Olmedo en la que Álvaro de Luna venció a los infantes de Aragón y a una parte de la alta nobleza castellana, el rey Juan II convocó cortes en Valladolid y, a petición de Valera, perdonó a todos cuantos habían participado en la guerra. Esta noble acción supuso el principio del fin del condestable castellano, a quien no le gustó nada esta decisión tan bien acogida por el resto de la corte. A ello hay que sumarle, por un lado, los celos que la nueva reina de Castilla, Isabel de Portugal, que había casado en 1447 con Juan II tras la muerte de María de Aragón, tenía hacia el excesivo poder de don Álvaro dentro del reino; y por el otro, la persecución y prisión que este último llevó a cabo sobre don Pedro de Estúñiga. Todo ello precipitó los acontecimientos de tal manera que Álvaro de Luna fue decapitado el 2 de junio de 1453, en Valladolid, tras una farsa de juicio.

Con la subida al trono de Enrique IV, la figura de Diego de Valera permaneció en un discreto segundo plano, y no volverá a tener mayor protagonismo hasta la llegada al poder, en 1469, de los Reyes Católicos, a los que no solo ayudará activamente en su guerra con Portugal, sino que además se convertirá en uno de sus consejeros políticos. El cronista vio en ellos a los soberanos elegidos que devolverían Granada a territorio cristiano tras varios siglos de ocupación musulmana, una cuestión que se convirtió en primordial al final de su existencia. Los últimos años de su vida los pasó al servicio de la casa de Medinaceli en el Puerto de Santa María, Cádiz, donde, supuestamente, falleció en 1488.

El segundo bloque del libro está dedicado a la composición de la *Crónica abreviada de España*, obra conocida también como *Memorial de diversas hazañas*, *Crónica de los Reyes Católicos* o simplemente *Valeriana*, nombre este último que le fue otorgado por su propio autor. Redactada a finales de la vida del autor, entre 1479 y 1481, Cristina Moya sitúa esta crónica dentro de la labor propagandística de los Reyes Católicos, puesto que su discurso político difundía unos mensajes muy claros sobre la legitimidad del poder real: en primer lugar, abogaba por la superioridad de Castilla sobre los distintos reinos hispánicos y sobre Francia; en segundo término, ofrecía una imagen de Fernando e Isabel como legítimos herederos y sucesores de la monarquía goda; y en último lugar, se pretendía mostrar una continuidad y legitimidad dinástica de los reyes castellanos para, de este modo, hacer ver que el orden sucesorio de la corona siempre se había respetado desde Juan II, pasando por Enrique IV hasta llegar a los Reyes Católicos, obviando, por ejemplo, los problemas habidos con Juana la Beltraneja. Por otro lado, se hace hincapié en el valor didáctico de la *Valeriana*, visto como un *speculum principis* del que el monarca podría extraer una verdad ejemplar para acontecimientos futuros, pero para ello era necesario que tuviera conocimiento de las cosas del pasado y pudiera, así, aprender de los errores.

En lo que a las fuentes se refiere, “nos permite saber cómo construyó Diego de Valera su crónica, lo que tiene de original y el lugar que ocupa dentro de la historiografía del siglo XV, además de posibilitarnos el hacer una valoración más justa y real de la obra” (p. lxxxiii). De las cuatro partes de que se compone la *Valeriana*, la primera deja sentir la influencia de las siguientes obras: el *De proprietatibus rerum* de Bartholomaeus Anglicus, el *Liber de natura rerum* de Tomás de Cantimpré, el *Libro de los Reyes Magos* de Juan de Hildesheim, la *Cosmografía de la Peregrina Historia* de Pier Cándido Decembrio, el *Origen de Troya y Roma*, y el *Ceremonial de príncipes* de Diego Valera, además de la *Estoria Teutónica*. La fuente de las tres partes restantes son la *Estoria del fecho de los godos*, de Rodrigo Jiménez de Rada, y la *Crónica de 1344*, lo que reduce al último capítulo, el consagrado a Juan II de Castilla, la única parte completamente original de la obra. Una mención especial en este apartado merece la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, cuya historia está tan bien estructurada y explicada en la *Valeriana* que Julio Puyol la retomó para publicar años más tarde, en 1498, en Sevilla, la *Suma de las cosas maravillosas que fizo en su uida el buen cauallero Cid Ruy Díaz*, impresa por los Tres Compañeros Alemanes (Juan Pegnitzer, Magno Herbs y Tomás Glockner), y conocida vulgarmente como *Crónica del*



*esforzado cauallero el cid Ruy Díaz Campeador o Crónica popular del Cid.*

La *editio princeps* de la *Crónica abreviada de España*, mandada imprimir por la reina Isabel, se llevó a cabo en Sevilla, en 1482 (Alonso del Puerto, a cargo de Michael Dachauer y García del Castillo), lo que la convertía en la primera crónica impresa en Castilla. A partir de entonces su éxito fue tan grande que se llegó a reimprimir en veinte ocasiones más hasta 1567.

El tercer y último bloque del libro está dedicado por completo a la edición del texto, para cuya fijación Cristina Moya, siguiendo los pasos de la crítica textual, se ha basado en once de los doce ejemplares conservados de la edición príncipe, de los que, además, se adjunta una descripción tipobibliográfica. No obstante, se ha tenido muy presente la segunda impresión (Burgos, Fadrique de Basilea, 1487), cuyas variantes textuales más significativas se han anotado a pie de página (la autora remite a su tesis doctoral, dirigida por el profesor Nicasio Salvador Miguel y defendida el 12 de enero de 2007 en la Universidad Complutense de Madrid, para poder ver las variantes en su totalidad). También hay que señalar que en este proceso se han utilizado dos ejemplares de la edición de Burgos de 1487. El libro se completa con una bibliografía actualizada y dos excelentes índices que facilitan la localización de determinados aspectos del texto, uno onomástico y otro topográfico.

Por último, solo nos resta destacar la relevancia de un libro que, a pesar de ser fundamental en la historiografía castellana del siglo XV, ha sufrido un silencio editorial demasiado largo. Por ello, y por el rigor filológico demostrado por Cristina Moya García a lo largo de sus páginas, vale la pena adentrarse en un texto crucial para comprender los convulsos años que le tocó vivir a Diego de Valera.

Aurelio VARGAS DÍAZ-TOLEDO  
Universidad de Alcalá/  
Centro de Estudios Cervantinos

SALVADOR MIGUEL, Nicasio, *Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, 269 pp.

La liquidación de la dinastía de los Trastámara, el surgimiento del Estado moderno tras la unión de reinos, la propuesta de un nuevo